

Desgrabación Conferencia Prof. Tulio Halperín Donghi en el Seminario Internacional 20 Años de Democracia en Argentina, organizado por el Programa de Historia Política y la Fundación OSDE en Buenos Aires, del 16 al 18 de octubre de 2003.

Prof. Tulio Halperín Donghi:

Se presenta este seminario como un seminario acerca de los 20 años de democracia en Argentina; su título es *Su historia a la luz de las ideas que le dieron forma*.

Cuando uno lee los trabajos que se refieren a esas ideas se ve con notable frecuencia que son ideas no acerca de ese momento que se está viviendo sino de la relación entre ese momento y las etapas anteriores. Hay una especie de mirada al pasado como definitiva del presente; es decir, el presente se define con una cierta relación con el pasado.

Esto va a ser un rasgo común en el examen de las tres etapas de nuestra experiencia democrática: la etapa protagonizada por el Dr. Alfonsín, la etapa protagonizada por el Dr. Menem y una etapa de la que nadie habla porque obviamente no fue protagonizada por nadie, es decir, la figura destinada a protagonizarla se reveló totalmente incapaz de hacerlo. Y la etapa que hoy comienza, donde no sé si lo logrará pero quien en este momento es la figura de proa, diríamos, tiene una decisión muy firme de protagonizarla si le dejan hacer lo que quiere.

En todos estos casos, entonces, cada una de esas etapas se relacionaba con el pasado, y ese pasado parecía siempre como un pasado que necesitaba ser dominado. Hay una expresión alemana ... bueno ellos tienen un pasado que obviamente necesitó urgentemente ser dominado ... la expresión es la "*unbegeligt der Vergangenheit*", "el pasado que no ha sido dominado". Podríamos decirlo traduciendo a una jerga psicoanalítica porteña "el pasado que no ha sido elaborado"; creo que eso sería no una traducción pero sí una versión bastante precisa de lo que se quiere decir.

En las contribuciones que aquí hay, que ustedes habrán oído y por lo tanto no voy a tratar de resumir, pero que creo que puedo aludir a ellas sin demasiados problemas porque ustedes las recuerdan, esa relación con el pasado comenzaba siendo desde luego una relación con el pasado del que llamamos Proceso, del que se llamó a sí mismo Proceso de Reorganización Nacional. Es efectivamente un pasado que gravita con enorme fuerza en todas estas etapas.

En el caso del alfonsinismo, de la etapa Alfonsín, esa gravitación era una gravitación necesaria. No se trataba simplemente de definir la nueva etapa en relación con la anterior sino de tomar una serie de decisiones políticas muy firmes en torno a esa etapa anterior que el gobierno Alfonsín no podía eludir. Y aquí, desde el comienzo, se presenta un cierto problema. Es decir, la relación que Alfonsín establece con el pasado es desde luego la relación con el pasado del Proceso, pero también la relación con un pasado más extenso que llega más atrás en el tiempo, que es en el fondo el pasado de toda la experiencia peronista. De alguna manera, como se señala aquí creo que con toda razón, Alfonsín logra condenar de forma muy explícita la etapa del Proceso y definirse en realidad en términos de negación de la etapa anterior: él es lo que aquella etapa no ha sido. Pero al mismo tiempo, logra incluir una condenación, un rechazo, una proyección

hacia el pasado, diríamos, de una etapa que no presenta directamente como la etapa peronista pero que efectivamente es eso.

Hay dos aspectos en los cuales esto se manifiesta. Un aspecto de denuncia inmediata, la famosa denuncia tan conveniente desde el punto de vista político, que creo que contribuyó más que ningún otro elemento a asegurar su victoria electoral: la denuncia del pacto militar-sindical. Pero también la denuncia de dos tipos de evasión de la legalidad en los que había incurrido, antes del Proceso, la última etapa peronista. Creo que cuando Alfonsín señala esa evasión de la legalidad y la sindicata como algo que a cualquier precio hay que impedir que vuelva a ocurrir, se refiere al período de guerra civil dentro del movimiento peronista. Y los ataques que él dirige son ataques que se dirigen sobre todo a lo que sería la derecha peronista, y dentro de la derecha peronista al sector sindical. Para él, la figura que identifica con la extralegalidad peronista es la famosa “patota sindical”. La “patota sindical” que evidentemente había tenido un papel en ese período, pero no era la única que había tenido ese papel. En todo esto creo que hay, como en todo lo que ocurre en ese momento, ciertas necesidades políticas. Creo que nuestro recuerdo de la etapa presidida por Alfonsín es un recuerdo que en mi opinión es a menudo demasiado negativo, porque se olvida hasta que punto la situación que él encontró era terriblemente frágil.

En este momento, por ejemplo, Magdalena Ruiz Guiñazú acaba de recibir un premio como una periodista de enorme coraje, cosa que en cierta medida parece un poco absurda, pero es totalmente legítima. Es decir, su coraje consistió básicamente en integrar la Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas, y es cierto que en ese momento aceptar integrar esa comisión era una decisión que significaba afrontar riesgos muy ciertos. Era un régimen totalmente inseguro, era un régimen que por otra parte tenía una oposición muy fuerte y declarada; un régimen en el cual quienes hablaban en nombre del pasado que acababa de quedar atrás no estaban dispuestos a aceptar el veredicto negativo que la sociedad las había infligido. Basta recordar rituales como las misas mensuales de FAMUS. Basta recordar que en algún momento el Dr. Alfonsín visitando la Iglesia Castrense oyó tales cosas que creyó necesario subirse él mismo al púlpito para responderlas.

Todo esto sugiere que efectivamente, en ese momento, existía todavía una visión del pasado que no estaba aceptada como canónica. Y efectivamente lo que hizo Alfonsín fue imponerla como canónica de una manera que lo llevó a problemas que de ninguna manera él había adivinado hasta que punto iban a ser inmanejables. Es decir, de alguna manera, Alfonsín terminó decepcionando a todos en una ocasión que es perfectamente ubicable, en Semana Santa, cuando de una manera muy poco feliz se le ocurre decir que “la casa está en orden” y que “se vayan todos a celebrar la Pascua”, en un momento en que en realidad acaba de rendirse. De todas maneras, esto era un desenlace muy poco gallardo de algo que él no logró imponer del todo, pero ahora se tiende a olvidar hasta que punto provino de decisiones que estaba en sus manos tomar.

Creo leyendo la contribución, por otra parte muy interesante, que se refiere al peso del recuerdo del Proceso y de la ilegalidad de las monstruosidades del Proceso, cuando se presenta el camino tomado por el Dr. Alfonsín como un signo del peso que ya tenía la sociedad civil ... (confieso que por ese término tengo algunas de las perplejidades de algunos otros que han hablado también aquí). La sociedad civil en ese momento era una especie de demiurgo en la opinión colectiva que resolvía todo. Creo, por el contrario,

que cuando el Dr. Alfonsín resolvió tomar el camino de crear la CONADEP y el Juicio a las Juntas tomó un camino que no le era impuesto tan firmemente como se supone por la sociedad civil. Cuando él asumió la presidencia, creo que en ese momento la sociedad civil, para darle un nombre a la opinión pública, no se hubiera decepcionado si hubiera hecho mucho menos que eso, no se hubiera sorprendido en mi opinión en absoluto y probablemente hubiera terminado aceptándolo. Él tomó ahí un camino diferente y creo que es una decisión que no era de ninguna manera forzada y que entonces debemos agradecerle.

Al mismo tiempo, eso imponía, a pesar de las imprudencias que cometía todo el tiempo, calibrar con cierto cuidado a quienes enviaba, diríamos así, al “hemisferio del mal”. Entre ellos no podía incluir a la viuda de Perón. Sobre todo cuando la viuda de Perón de hecho lo consagraba como Presidente legítimo en un acto tan suyo como fue servirle el café en el despacho que había sido del general Perón, y agregar en ese momento, cuando algún periodista se sorprendió, que “yo siempre le sirvo el café al Presidente”. Realmente era una legitimidad que, por cierto, buena parte del movimiento peronista no reconocía, pero precisamente por ello una legitimidad valiosa. De tal manera que desde el punto de vista de Alfonsín es comprensible que él prefiriera hablar de la “patota sindical” antes que hablar, diríamos, de la Triple A y otros desarrollos que tenían bastante que ver con la viuda de su predecesor en lo que la anterior esposa de Perón, Eva Perón, gustaba llamar (sin saber hasta que punto mantenía la tradición mitrista) el sillón de Rivadavia.

Entonces, la visión alfonsinista de la historia argentina, del pasado inmediato, era una visión exculpatoria. En ese sentido era una visión que tenía en común con la que ahora se llama “teoría de los dos demonios” no, por cierto, creer que había dos demonios. El alfonsinismo no celebraba lo que había sido la izquierda peronista, pero prefería hablar lo menos posible de ella. Pero sí tenía en común con la llamada “teoría de los dos demonios” creer que lo que le había ocurrido a la Argentina había sido algo así como una sucesión de invasiones de extraterrestres. Primero aparecían los malvados de la “patota sindical”, luego aparecían los malvados del Proceso y el resto del país lo único que había hecho era sufrir y aguantar.

Esta era la primera visión, una visión enormemente positiva del pasado argentino. Y debemos recordar que esto ocurría en un país que hasta muy recientemente tenía una visión totalmente maniquea del pasado. Basta pensar, por ejemplo, en lo que había sido *La hora de los hornos*, la visión del pasado argentino en *La hora de los hornos*, en la cual buena parte de los que bien o mal construyeron la Argentina eran condenados a las tinieblas exteriores y el “genio del mal” que había inspirado a todos ellos era la Sociedad Rural Argentina. Si ustedes recuerdan *La hora de los hornos*, cada vez que iba a ocurrir algo malo aparecía primero el logo de la Sociedad Rural, para que uno ya se preparara a ver que nueva inequidad había imaginado esa diabólica asociación.

Ahora, por el contrario, ocurría una cosa muy curiosa: el Proceso había logrado que todo el período anterior de alguna manera fuera transformado en un “bloque de felicidad”. Si recuerdan un *film* como *La historia oficial*, creo que era muy interesante por dos razones. Una razón era que, debo decir que como mis simpatías por el revisionismo son bastante limitadas, me resistí bastante a verla, porque creía saber que iba a aparecer como relacionado con el presente del Proceso. Descubrí que no era nada de eso, que la historia verdadera que había sido ocultada era una leyenda desde luego

absurda, que José Ingenieros divulgó sin creerla, creo. Era que Mariano Moreno había sido envenenado a distancia por los Anchorena, cosa que era desde luego totalmente inocua desde el punto de vista de una visión maniquea de la historia argentina. Pero lo que era más interesante era la visión del pasado anterior al Proceso, que se reflejaba en las fotos que tenía la madre de los desaparecidos, la abuela de la chica que la protagonista, Norma Aleandro, había adoptado sin saber que era hija de desaparecidos, que mostraba un país que era realmente monolíticamente feliz. Lo que de alguna manera hacía absurdo, deslegitimaba totalmente lo que había sido la izquierda peronista, porque en semejante paraíso creer que era necesario introducir innovaciones era realmente una idea demasiado extravagante.

Eso era, entonces, el pasado y el presente desde el punto de vista del alfonsinismo. Y esta visión era una visión profundamente armónica que realmente tenía que ver con las opiniones sinceras del Dr. Alfonsín. Bueno, no voy a hablar demasiado de eso porque ya lo he hecho varias veces. Creo que el problema del Dr. Alfonsín era que él creía que el único problema que había tenido la experiencia peronista era que no había tenido un marco institucional auténticamente democrático. Eso podía corregirse. Lo que él no era capaz de advertir era que las condiciones que habían hecho posible la experiencia peronista en la segunda mitad de los cuarenta eran condiciones muy efímeras y que esa experiencia ya no podía volver. Esto es, de alguna manera, como decía cuando existía el lenguaje tan especial usado por el movimiento comunista, lo que la vida misma iba a enseñarle. Y se lo enseñó a través de la hiperinflación.

Ahí termina esa manera de relacionarse con el pasado, una manera que tiene ciertas características que creo que son características argentinas permanentes. En primer lugar se trata de una refundación, una refundación que no quiere ser una reinstauración. El Dr. Alfonsín, si ustedes recuerdan, en su campaña electoral y ya antes de ella, cerraba todos sus discursos con algo que él llamaba su “oración laica”, que era recitar el preámbulo de la Constitución. Cualquiera creería que el primer objetivo del Dr. Alfonsín era restaurar el pleno imperio de la Constitución. No era así sin embargo; lo que él quería era cambiarla lo más rápidamente posible. Nos encontramos aquí con una cierta ambigüedad, que de todas maneras va a ser devorada, diríamos así, por la catástrofe de la hiperinflación.

La catástrofe de la hiperinflación permitió entonces una nueva definición de la relación con el pasado, que es la que establece el menemismo. Ustedes han oído ya, y como pueden ver yo he sido uno de los lectores más persuadidos por lo que aquí se les ha ofrecido, como en cierta medida el menemismo es al mismo tiempo un oportunismo total sistemático y demás, pero al mismo tiempo conserva un rasgo argentino: de nuevo es una tentativa fundacional. Y tiene ese elemento de urgencia que lo define. Un elemento de urgencia que, por otra parte, y creo que aquí de alguna manera convendría que el autor de ese examen del menemismo lo recordara, un elemento de urgencia que estaba en buena medida dictado por la situación. Es decir, hay que recordar que cuando el Dr. Menem finalmente encontró una salida, había logrado agregar otra hiperinflación a la que había terminado con la presidencia Alfonsín. De tal manera que era obvio que en ciertos aspectos era necesario, como él decía, empezar de nuevo.

Pero esta necesidad, como decía él, de practicar cirugía de urgencia y sin anestesia no era simplemente una necesidad destinada a salvar un déficit; el premio de ese sacrificio

sería la transformación de la Argentina en un país del Primer Mundo. Esto significaba dos cosas. Por una parte, significaba que todo el pasado, y no sólo el pasado más reciente, había sido una galería de errores. El Dr. Menem no especificaba qué errores se habían cometido entre 1945 y 1955, porque obviamente era un tema demasiado delicado; ya estaba apartándose lo suficiente de la ortodoxia peronista para subrayarlo de esa manera tan cruel. Pero de ninguna manera aislaba ese período como un período positivo. Al mismo tiempo, establecía nuevos criterios para definir la verdad y el error. Los elementos que habían sido tan importantes en la etapa anterior eran elementos ahora irrelevantes. La construcción de una auténtica democracia no era el objetivo. Los horrores del Proceso, que habían creado en realidad la imagen del Proceso, no eran por otra parte tampoco lo más importante del Proceso. Lo más importante del Proceso es que su tentativa de encarrilar al país había fracasado de una manera mucho más contundente y mucho más rápida que la etapa que se había abierto en 1946 y que, en medio de todo, había dejado una herencia considerable.

De tal manera que la visión que proponía Menem es una visión en la cual el pasado no existía sino simplemente en su aspecto de fracaso, y de fracaso económico, eso era todo. En cuanto al resto, él mantenía una actitud totalmente positiva, que al mismo tiempo daba su aprobación a los aspectos que proclamaba negativos. Yo creo que Menem fue nuestro primer, y espero que último, Presidente post-moderno, de tal manera que todo lo que decía significaba lo que él decía y podía significar también lo contrario. Así, por ejemplo, cuando él decidió repatriar los restos de Rosas, presentó esa decisión como un signo de todos los sacrificios que está dispuesto a hacer el pueblo argentino para alcanzar la reconciliación nacional. Y la repatriación de los restos de Rosas no estuvo demasiado distante en el tiempo del indulto a los miembros de las Juntas, lo que sugería que Rosas era devuelto al país para que también, diríamos, los gobernantes criminales tuvieran su patrono laico. Eso era parte de los problemas que eran para Menem irrelevantes.

De lo que se trataba era, efectivamente, de poner a la Argentina en el Primer Mundo. Y aquí también, ustedes recordarán cómo logró triplicar nuestro producto bruto per cápita en sólo una tarde. Simplemente cambió los criterios estadísticos con los cuales se calculaba y efectivamente saltó de dos mil y pico a seis mil y algo, con lo cual dijo que estábamos al borde del Primer Mundo. Probablemente los nuevos criterios eran más atendibles que los anteriores, pero de todas maneras lo cierto es que el cambio de criterio no había cambiado absolutamente nada en el lugar que la Argentina podía tener en el mundo, que por cierto era un lugar que seguía siendo extremadamente frágil.

Este segundo momento termina, como todos sabemos, en otra catástrofe. De esa catástrofe estamos saliendo ahora y en este momento se está creando lo que podría llamarse un “nuevo pasado argentino”. Hay un historiador mexicano, Enrique Flores Cano, que publicó un libro que se llama *El nuevo pasado mexicano*, que se refiere simplemente a los nuevos temas que ahora se considera temas importantes de la historia de México, y que hasta hace muy recientemente no tenían lugar, digamos, en el gran esquema de la historia de México.

Pero estamos buscando el *nuevo pasado* y antes de mirar cuál era el nuevo pasado creo que convendría volver a ciertos aspectos del contexto en que se dieron esos cambios, porque me parece que lo que he presentado hasta ahora es una presentación demasiado ligada a la vicisitud argentina. Es decir, demasiado ligada al hecho de que Alfonsín llega

con una cierta idea de lo que hay que hacer, que es, diríamos, pasar en limpio al peronismo. O, si se quiere, transformar lo que podíamos llamar el idealecto peronista y traducirlo al lenguaje universal de la socialdemocracia, pero que seguirá siendo básicamente lo mismo. Y en cierta medida encontró cierto eco, incluso en el movimiento peronista. En buena medida lo que fue la Renovación peronista también era eso. Y en alguna manera, la Argentina se estaba transformando en un remedo de la República de Bonn lo bastante convincente como para que la Fundación Ebert creyera su deber financiar los esfuerzos culturales de la Unión Cívica Radical y la Fundación Adenauer creyera que debía desempeñar el mismo papel con el movimiento peronista.

Todo eso correspondía a un cierto momento en la situación nacional y un cierto momento en la situación externa. ¿Cuál era ese momento? Ese momento era un momento en el cual ya se sabía que había una crisis del marxismo. Fue una novedad que trajeron los que habían pasado buena parte del período del Proceso en el exilio, porque debido al cuidado del Proceso para aislar a la opinión argentina de lo que estaba ocurriendo en ese hemisferio en el marco del marxismo, en la Argentina todavía no se sabía que había una crisis del marxismo. Los que vinieron trajeron esa noticia y fueron en general muy mal recibidos, teniendo en cuenta qué decían cuando se habían ido y que ahora volvían con esas novedades en sus valijas. Recuerdo unas caricaturas horribles que decoraban la Facultad de Filosofía y Letras, en las que el pobre Pancho Aricó era presentado casi como la víbora del paraíso terrenal. De todas maneras, ese era el momento; es decir, un momento en el cual había una crisis del marxismo, pero todavía existía el Segundo Mundo, y por lo tanto había dos vías y por lo tanto cabía hablar de Tercera Vía. Y, evidentemente, el alfonsinismo significaba, entre otras cosas, una orientación hacia la Tercera Vía. Una versión, desde luego, muy *acriollada*. Cuando uno trata de ver la evolución argentina, tan idiosincrática en el siglo veinte ... por un lado, es terriblemente idiosincrática, parece no tener nada que ver con nada; pero, al mismo tiempo, inmediatamente comienzan a descubrirse ecos de cosas que ocurren, como le gustaba decir al Dr. Menem, en el Primer Mundo.

En ese sentido, recuerdo al profesor Apter, el politólogo norteamericano, que lleno de curiosidad por esa cosa tan extraña que era el movimiento peronista, en una etapa que era ya semi-legal, visita un centro peronista en Buenos Aires y de esa experiencia dice “el peronismo es lo más parecido que encontré al partido Demócrata de Nueva York. Encontré irlandeses católicos, que por cortesía no se dicen pero son obviamente fascistas, junto con judíos troskistas que habían hecho la guerra de España del buen lado, y que ambos trataban de poner ideología en la cabeza de sindicalistas que no tenían el menor interés en ninguna perspectiva ideológica”. Al mismo tiempo, eso era cierto, pero nadie duda que en su funcionamiento el movimiento peronista no se parece al partido Demócrata de Nueva York.

Y efectivamente, entonces, el alfonsinismo podía ser una versión de la Tercera Vía, pero una versión diríamos cimarrona de la Tercera Vía, una versión muy criolla de la Tercera Vía.

Creo que una diferencia entre esa Tercera Vía y el menemismo fue ... [que] se dice que el menemismo introdujo el pensamiento único. Lo que ocurre es que cuando el menemismo surgió había un pensamiento único. Podemos deplorarlo. Viendo lo que pasa en el mundo ahora recuerdo un texto de Pablo Neruda que todo el mundo consideró horrendo y probablemente lo fuera, que era una especie de oda en homenaje a

la bomba de sesenta megatones que acababa de detonar la Unión Soviética. Acababa diciendo algo así como “adelante sencillo compañero, te acompañan sesenta megatones”. Y viendo lo que vemos ahora, en algún momento uno empieza a pensar que los sesenta megatones hacían falta. De todas maneras, hagan o no hagan falta, ya no están. Vivimos en un mundo en que el capitalismo, que parece estancado después de su enorme desarrollo en todas partes, ha descubierto una nueva frontera enormemente dinámica, que es la República Popular China, que es el único lugar donde realmente sus avances parecen no tener límites. De tal manera que el pensamiento único no es el fruto de la perversidad del Dr. Menem; era realmente lo que le daba el contexto en que estaba ubicado. Ese pensamiento único en realidad era, por otra parte, algo que terminó por ser universalmente aceptado. Y eso de alguna manera explica la ambigüedad de las reacciones frente a la crisis final del menemismo.

Crisis final que fue precedida ... creo que es un poco el destino de los radicales, que dan la última batalla para defender una solución peronista que ya es irrecuperable. Ocurrió un poco con Alfonsín y volvió a ocurrir con el pobre De la Rúa, que diríamos fue la “legión tebana” dispuesta a defender hasta la última sangre a la convertibilidad. La ambigüedad que hay ahí es que una vez que terminó el menemismo no se sabía si lo que se reprochaba al menemismo era haber creado una sociedad más desigual, más polarizada, con más pobres, con más desocupados, o simplemente no haber podido continuar haciéndolo. Yo recuerdo una de las cosas inolvidables, que era una señora que había pintado su cara con los colores nacionales y se había pegado en la frente un dólar, que era el símbolo de lo que le estaba siendo arrebatado. Todo eso, de una de esas maneras argentinas tan extrañas, por las cuales siempre llegamos al borde del abismo, pero de alguna manera debemos tener alguna experiencia de caminar en la cornisa, porque esta vez no se pasó del borde. Todavía no se explica cómo, pero lo cierto es que no se pasó del borde.

Y nos encontramos ahora en el momento actual, que es un momento extremadamente interesante, en el cual creo que también hay elementos locales y elementos también del contexto mundial, que tienen que ver con los cambios que se están viviendo ahora en la Argentina. Los elementos locales tienen que ver de nuevo con la enorme plasticidad del movimiento peronista. Sobretudo cuando es interpretado por una figura como el Dr. Duhalde, que, diríamos, tiene un rasgo que es poco común entre los políticos argentinos. Aquí se ha hablado de cómo el Dr. Alfonsín aspiraba a ser presidente de los *no alineados*, de cómo el Dr. Menem aspiraba a tener un premio Nobel, no se sabe si de la paz o de economía, pero el Dr. Duhalde nunca tuvo ese tipo de ambiciones, que deben parecerle bastante tontas. Tuvo una visión constantemente serena de lo que ocurría y en alguna medida tuvo posiciones que realmente muestran hasta donde puede llegar el peronismo. Cuando se empezó a hablar del problema de los piqueteros, de alguna manera se le ocurrió que los piqueteros podían no ser un problema sino una solución: simplemente si están ahí se los constituye en la cuarta rama del movimiento. Es muy difícil mantener una actitud dramática frente a ese exceso de buen sentido, y en parte creo que eso nos llevó a la situación actual.

Una situación muy curiosa, y en eso creo que no tengo mucho tiempo (y no se preocupen ustedes que me doy cuenta de eso). Una situación en la cual me parece que hay un cambio en la situación local y un cambio también en la situación mundial. El cambio en la situación mundial lo debemos crear a George Bush, quien realmente creó una situación en que ha logrado meterse en un lío tan complicado en un país en

particular, que ahora tiene que esbozar una sonrisa de indulgencia cuando descubre que en Buenos Aires Fidel Castro tiene tanta popularidad como los cantantes de la época de su juventud cuando reaparecen en esos actos. Efectivamente, eso ocurre y tiene que aguantársela, por lo cual los gestos de independencia se multiplican, sobre todo porque pueden multiplicarse. Pero también hay otro hecho más, que es que finalmente se descubre que el pensamiento único es único porque las alternativas han desaparecido, pero no porque aquello que propone sea particularmente convincente. De tal manera, eso crea una suerte de vacío en el cual ciertas reubicaciones ... que por otra parte no son muy ambiciosas, es decir, es del tipo de que cada vez que los acreedores gritan fuerte se grita más fuerte y se comienza un regateo, lo que no es exactamente el *camino de Jenán*. Eso en cuanto al contexto exterior.

En cuanto al contexto interior, creo que aquí hay dos elementos importantes. Un elemento es la necesidad de ir más atrás del menemismo y encontrar un engarce en algún tipo de tradición. Y el otro elemento, que creo que se combina en este caso por, diríamos, la ecuación personal del Presidente que nos ha tocado, es un hecho muy sencillo y puramente cronológico: los que tenían veinte años en 1973 tienen cincuenta años ahora, y que buena parte de esa gente recuerda con cariño el período en que tenía ideas locas en la cabeza. Está convencido de que esas ideas son locas, está convencido que haberlas tenido no es un crimen, está convencido que los que no han sobrevivido no fueron mucho más allá que ellos y está convencido entonces de que tiene un lugar y de que puede hablar en nombre del resto del país. Y me parece que lo que está ocurriendo es algo muy curioso, porque no es una eliminación de la “teoría de los dos demonios”, sino que es un achicamiento del demonio que solía llamarse “subversión apátrida”. Porque ocurre aquí algo muy curioso. Por ejemplo, cuando los llevan presos a Vaca Narvaja y Perdía, uno de ellos grita “esto viene de Bonasso”. Obviamente no viene de Bonasso, pero en los escritos de Bonasso hemos leído abundantemente sobre qué figuras deplorables son ellos. Otra manifestación de esto es cuando las señoras que escriben cartas a La Nación diciendo que Firmenich debiera estar en la cárcel deben haber descubierto con cierta sorpresa que esa es exactamente la opinión de la señora de Bonafini también, que dice que se le ocurrió que por ahí Firmenich siempre había trabajado para los servicios.

¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el ámbito de la inocencia se ha ampliado y esa inocencia incluye también sueños inocentes.

Corresponde muy bien también a la situación externa. En este momento hay una especie de lo que podría llamarse *neopopulismo light*, que por una parte tiene que ver con necesidades concretas de la situación política. De pronto el Dr. Kirchner descubre que para terminar con la huelga de los maestros en Entre Ríos puede gastar una cierta cantidad de dinero, cosa que es totalmente nueva. La actitud anterior era de ferocidad total frente a cualquiera de esas cosas. Y ese *neopopulismo light* se acompaña de un *setentismo light* también, que es un poco fomentado por el tipo de vocaciones de los setenta que tenemos ahora. Yo no sé si ustedes han visto una película que a mi me pareció muy reveladora que se llama Kamchatka. Kamchatka no es política, dice el director, porque se ve el mundo con la mirada de un chico. Pero es precisamente política por eso. Es decir, él tiene dos padres admirables, la única culpa de su mamá es que fuma demasiado, y de pronto le empiezan a ocurrir toda clase de cosas inimaginables. Debo confesar que frente a eso tuve una reacción que era una horrible reacción del Proceso: en algún momento se me ocurrió decir “algo habrán hecho”. Pero precisamente es eso:

no han hecho nada, en la memoria actual no han hecho nada, son simplemente gente extremadamente simpática, que dan lecciones de botánica a sus hijos, que juegan con sus hijos, etc. Eso es la nueva versión, diríamos, es una especie de ampliación de lo que había ocurrido con el alfonsinismo.

Todo esto veo ... y eso es uno de los problemas que tengo con estos *papers*, que de alguna manera se cree que esta forma de dirigirse al pasado constantemente lo deforma. Sólo en el caso de Alfonsín se admite que esa visión de inocencia que él propugnaba si hubiera tenido éxito hubiera sido una buena manera de dejar atrás el bache que acababa de pasar. Yo creo que el problema no es ese. Yo creo que el problema es que la aceptación del pasado madura cuando se hace aceptable el presente. Un presente que se organiza a partir de una cierta visión del pasado es el presente que legitima la visión del pasado. Y lo que nos ha ocurrido hasta ahora es que ninguno de esos presentes duró lo suficiente como para legitimar la visión del pasado.

Y entonces sólo queda terminar con uno de los rasgos más notables de lo que ha ocurrido en la Argentina, que es que ahora la gente se despide diciendo “suerte”. “Suerte” quiere decir que te dure el empleo o cosas por el estilo. Y también a la Argentina dan ganas de decirle “suerte”. Si tenemos suerte esta vez habremos resuelto nuestro pasado, porque habremos resuelto nuestro presente.

Bueno, yo termino aquí, pero de todas maneras si ustedes tienen ganas de discutir esto o cualquier otra cosa

PREGUNTAS:

1. La pregunta es: decías que en este momento los que en el '73 tenían veinte años ahora tienen cincuenta. Pidiéndote que juegues un poco con la imaginación, qué va a pasar cuando los que tuvieron veinte durante todo el gobierno de Menem tengan cincuenta, sobretodo con una población con otra conformación, con un cincuenta por ciento de la población por debajo de la línea de pobreza. ¿Qué te imaginás que va a pasar con esa gente cuando tenga cincuenta años?

THD: Bueno, es una perspectiva demasiado horrible para discutirla. La verdad que no sé. Lo que ocurre me parece es que ese es otro de los temas argentinos, es decir, si ha habido o no ha habido una transformación irreversible de la sociedad argentina. En ese caso naturalmente la situación va a ser mucho peor que ahora. En qué se va a traducir eso políticamente no lo sé, porque depende de qué pasa en el mundo en primer término, en un país además que es extremadamente extrovertido. Incluso, cuando se cree muy nacionalista importa el nacionalismo. De tal manera que lo que ocurra en el resto del mundo va a ser muy importante. Pero, por otra parte, debemos recordar que en este momento uno de los objetivos del gobierno es algo que se llama la contención. A eso se ha reducido la política social, es decir, evitar que las cosas estallen. Y no es imposible. En buena parte de la historia de la humanidad ha habido situaciones como ésta que de ninguna manera han llevado a crisis. Creo que a medida que pase el tiempo, si de alguna manera esto se rutiniza y la gente se olvida mucho de lo anterior, esto puede no llevar a cambios demasiado drásticos. Me niego a seguir haciendo hipótesis, porque todas las que se me ocurren son muy desagradables.

2. Profesor, usted en su libro *Una nación para el desierto [argentino]* nombra el período de la época de Rosas hasta la consolidación de la Generación del '80 como treinta años de discordia. ¿Cómo se le ocurriría nombrar estos veinte años de democracia?

THD: Bueno, muchas gracias por invitarme a eso, la verdad que no se me ocurre nada. Porque curiosamente hay otro aspecto que vi que no está demasiado tratado en estos *papers*. Es decir, de alguna manera la Argentina logró quebrar la tradición de exasperados conflictos, pero al mismo tiempo eso tuvo un costo muy alto, porque efectivamente transformó al mismo tiempo a la clase política en una corporación. Reveló a los políticos que en el fondo tienen más en común que lo que los separa. Los separa la ideología pero los acerca que todos están en la misma carrera, etc.. Creo que eso hace que no se pueda hablar que esto ha sido un período de discordia. Ha sido un período, yo diría, de perplejidad, de falta de rumbo, pero el rasgo dominante no es la discordia, porque la discordia era siempre negociada. La discordia terminaba en el Pacto de Olivos, verdad.

También, en ese momento, había mucha más tolerancia por la agilidad para moverse en el espectro político, pero no como ahora. Si usted piensa en una señora como Patricia Bullrich, que directamente recuerdo en un falso programa de preguntas y respuestas una pregunta es mencione el partido político en que nunca estuvo Patricia Bullrich. Eso en otros tiempos liquidaba a un político, pero no la ha liquidado en absoluto; todavía creo que vamos a ver muchas interesantes metamorfosis de Patricia Bullrich. Entonces yo diría que es un período de perplejidad, de falta de caminos, que es precisamente lo opuesto de lo que ocurría entonces. Entonces había violentos conflictos políticos, que en el fondo eran conflictos que recordaban conflictos peores del pasado. Pero al lado de eso había una coincidencia casi total acerca de lo que había que hacer.

3. Yo soy periodista. Usted habla del *neopopulismo* y del *neosententismo light* que estaba de moda ahora, que es una cosa que sobretodo está muy instalada en los medios de comunicación. Yo quiero saber hasta que punto esto es para usted una moda, una cosa pasajera o este *neopopulismo* viene de una auténtica convicción de parte de la gente.

THD: Yo creo que viene ... En el fondo, desde que terminó la convertibilidad el problema básico es la gobernabilidad. Ahora no por problemas entre el movimiento político, sino por problemas frente a las reacciones de la sociedad. Las soluciones que se han encontrado, que creo que están llevando a otro problema pero que por un momento fueron muy eficaces, es que a partir de cierto momento ya no se reprime nada. Eso tiene un cierto costo. Es decir, es más difícil que una línea de colectivos siga su ruta legal, pero teniendo en cuenta que la alternativa es una guerra civil, son cosas que pueden absorberse. Y creo que eso es la base del populismo. Es decir, se ha descubierto que la gente no aguanta todo y que, por otra parte, después de tantos golpes, la gente en el fondo se contenta con poco. Es decir, cuando uno piensa que una de las figuras que en este momento se presenta como revolucionario, que es el señor Castels, finalmente sale de la cárcel, visita no sé que dependencia del gobierno y aparece triunfalmente sacudiendo un cheque de sesenta mil pesos ... diríamos, los objetivos revolucionarios se han moderado muy considerablemente. En esas condiciones, el *neopopulismo* puede ser en primer lugar una necesidad y en el fondo una necesidad que incluso un Estado tan arruinado como el argentino puede costearse. Yo creo que ese *neopopulismo* tiene problemas que tienen menos que ver con el señor Castels que con un actor que había sido más o menos anulado que son los sindicatos. De pronto nos enteramos que los

colectiveros han obtenido un aumento del setenta por ciento del salario. Es cierto que no es exactamente un aumento, es la inclusión en el salario de los que son suplementos no remunerativos, que desde el punto de vista del Estado tiene una serie de ventajas, sobre eso van a tener que pagar aportes jubilatorios y demás. Pero de todas maneras eso me parece que es un poco el camino por el cual las cosas pueden volverse más problemáticas. Eso en cuanto al *neopopulismo*.

En cuanto al *neosetentismo*, mientras que la visión del *neosetentismo* tenga por figura la admirable mamá de Kamchatka, realmente no parece demasiado peligroso. Incluso, yo leí *El diario de un clandestino* de Bonasso, y no menciona una sola actividad clandestina, qué tiene de clandestino ese diario. Evidentemente tiene miedo que lo maten y con toda razón. Y tiene una pistola, que constantemente señala que es totalmente insuficiente, al parecer la tiene simplemente para darse la ilusión de que tiene algún tipo de protección. Mientras que no pase de ahí, son recuerdos en el fondo que para ciertos veteranos ex estudiantes universitarios son recuerdos de campamento.

Y creo que mientras que se mantenga en eso puede ser positivo. Al fin y al cabo, diríamos algo que no tuve tiempo de hacer la comparación: la superación de la época de Rosas se hizo con una falsificación histórica mucho más dura que ésta. Es decir, para el general Mitre Buenos Aires no sólo era totalmente inocente de su participación en el rosismo, sino más aún, había estado a la cabeza de la resistencia. Rosas había sido vencido por el pueblo de Buenos Aires y no por el general Urquiza. Era una conclusión que en Buenos Aires era enormemente popular. Lo que menos querían era quedar pegados a un individuo que había tenido que irse escapado. Pero de todas maneras era una falsificación y esa falsificación creo que en el fondo hizo bastante bien. Nadie había tenido nada que ver con el rosismo. Cuando murió esa personalidad tan interesante que era María Josefa Ezcurra, que todos conocíamos como la tía mala de Amalia y que ahora descubrimos que era una mujer apasionada, que había seguido al ejército de Belgrano, con quien había mantenido una tórrida relación, etc.. Pero de todas maneras, María Josefa era la tía favorita de Manuelita y, cuando se abre el testamento de María Josefa, Manuelita después se siente terriblemente mortificada, porque dice “ni siquiera me dejó un pañuelo”. Para María Josefa, desde que Manuelita había dejado Buenos Aires había dejado de existir. Y así se purificó Buenos Aires. Como decía el general Mitre cuando describía quienes eran bienvenidos en el Partido de la Libertad, eran desde luego bienvenidos esos caballeros que atravesaron el fétido pantano de la tiranía, sacudiéndose el barro seco que podía haber en sus levitas, porque ese barro nunca les había llegado hasta la frente. Lo que quería decir que mientras que sólo les llegara a la nariz eran perfectamente aceptables. Y así se hizo la Argentina post Caseros. El que resolvía quién era un héroe de la resistencia y quién no era Rufino de Elizalde, que hasta el día que cayó Rosas era oficial mayor en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Eso puede ser una solución, una solución no muy simpática pero solución al fin. Ahora, el problema es lo que ocurre después, y creo que eso es efectivamente nuestro problema ahora. Por eso, les repito, que ojalá tengamos suerte esta vez.

4. Con respecto a lo que decía de Castels, ¿cómo ve usted a esta gente que hace este tipo de cosas? Y, por otro lado, se está viendo fábricas recuperadas donde se está cuestionando la propiedad privada, cosa que quizá no se hizo tan profundamente en la época de los setenta, lo que parecería una paradoja.

THD: En primer lugar, sinceramente no creo que el principio de propiedad privada corra serio riesgo. Son cosas que pasan. Es un movimiento, como todos los movimientos de la sociedad civil ... Eric Hobsbawm, que es lo más parecido a un conservador, es un viejo bolchevique, cuando todo eran los movimientos de la sociedad civil, digamos los movimientos espontáneos, decía que estos movimientos espontáneos tienen dos destinos posibles. O se mantienen como movimientos espontáneos, que quiere decir que duran muy poco. O duran porque dejan de ser espontáneos y se organizan. Creo que es un poco lo que está ocurriendo ahora.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la política que sigue el gobierno, que es una política de tolerancia y al mismo tiempo contención. Que hace que, como decía Clausewitz que la guerra es la política por otros medios, en el fondo lo que hacen los piqueteros es también una política clientelística por otros medios. Cuando aparecen y dicen “tienen que darnos mil planes”, eso es regateo. Es un regateo, por otra parte, muy poco violento, porque si por otra parte cumplieran sus amenazas, destruirían el sistema que de alguna manera les da un lugar. Ahora, creo que ahí hay un problema que en algún momento, de alguna manera, va a hacer eclosión.

Bueno, creo que voy a terminar.